

buscar un asilo. Este privilegio que no concernia mas que á los mahometanos, contribuyó mucho á poblar la ciudad de Ibrahim. Despues de su muerte, las dignidades de gran sacerdote y príncipe, que eran hereditarias en su familia, pasaron al padre de Job. Muerto por esta misma época el rey Abubeker, tuvo por sucesor al príncipe Jelazi, su hermano, que encontrándose ya padre de un hijo, le confió á los cuidados de Salomon, padre de Job, para hacerle aprender el Alcoran y el árabe. Job fué por esta causa el camarada y condiscípulo del jóven príncipe. Jelazi vivió poco, le sucedió su hijo que reinaba aun en 1735. Job no habia aun cumplido quince años, y asistia ya á su padre en calidad de iman ó sub-sacerdote. Casó al mismo tiempo con la hija del alfa de Tembuetu, que tenia á la sazón once años. A los trece le dió un hijo, á quien pusieron de nombre Abdalla, y dos mas en seguida que recibieron los nombres de Ibrahim y de Sansbo. Dos años antes de su cautiverio, tomó una segunda muger, hija del alfa de Tomga, de la que tuvo una hija llamada Fátima. Sus dos mugeres y cuatro niños disfrutaban de la mejor salud cuando partieron de Bunda.

En el mes de febrero de 1730, sabiendo el padre de Job que habia llegado á Gamba ó Gambia (1) un barco mercante, envió á su hijo con dos criados para vender algunos esclavos, y proveerse de mercancías de Europa, encargándole mucho que no pasase el rio, porque los habitantes de la otra orilla eran mandingas, enemigos del reino de Foota. No habiendo podido ponerse de acuerdo con el capitán *Pike*, comandante del negrero inglés, envió sus dos criados á Bunda para que informasen de ello á su padre, declarando al mismo tiempo que su curiosidad le inducia á viajar mas lejos. Con este propósito se arregló con un negociante negro llamado *Laumein Yoa*, que hablaba el

(1) Las diversas maneras de escribir los viajeros los nombres de un mismo lugar, respecto de Africa sobre todo, producen una confusion verdadera en el estudio de la geografia, inconveniente que es preciso salvar al leer las relaciones de los viajeros.

idioma de los mandingas, á fin de que le sirviera de guia é intérprete. Cuando hubo atravesado el rio vendió sus negros por algunas vacas.

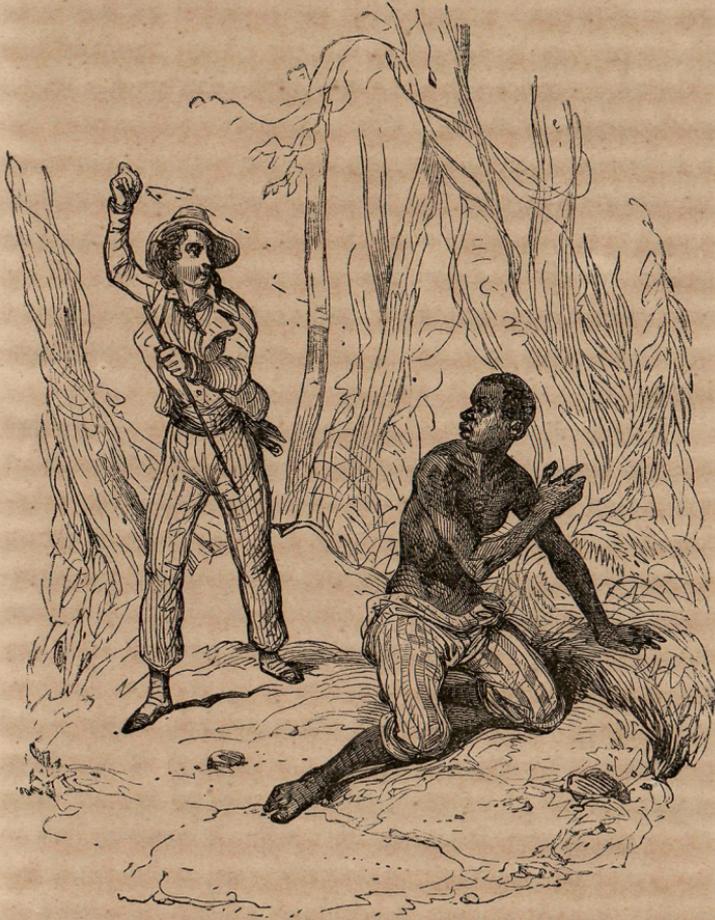
Un dia el calor les obligó á descansar , para lo cual colgó de un árbol sus armas, que se componian de un sable con empuñadura de oro, un puñal del mismo metal y un carcax lleno de flechas que le habia regalado el rey Sambo , hijo de Jelazi. Su desgracia hizo que una cuadrilla de salteadores mandingas pasase por su lado y lo viese desarmado. Siete ú ocho de aquellos malhechores se echaron sobre él y sobre su intérprete , sujetando fuertemente á ambos con ligaduras. Comenzaron por cortarle el cabello y la barba , lo que consideró Job como el mayor últrage , aunque no era su intento insultarle tanto como hacerle pasar por esclavo hecho en la guerra.

El 27 de febrero vendieron á Job y á su intérprete al capitán Pike. Este informado de que el esclavo recién comprado era el mismo que hacia pocos dias habia estado en tratos con él, y que habia sido hecho esclavo por una traicion infame, consintió en que le rescatasen con su compañero. Job envió al momento á casa de un amigo de su padre que vivia cerca de Joar , con objeto de que informase de su infortunio á su padre que estaba en Bunda. Desgraciadamente la distancia hasta este punto era de quince jornadas, y el capitán obligado á hacerse antes á la vela condujo á Job á Maryland en América , y le entregó á Michel Denton, factor de Mr. Hunt, rico negociante de Lóndres. ¡Entonces perdió la esperanza de ver otra vez á su anciano padre! Sus jóvenes esposas y sus tiernos hijos no podian ofrecerse á sus ojos mas que como objetos de tristes y dolorosos recuerdos. El único consuelo que esperimentó, fué hallar compatriotas que le informaron de que su padre habia enviado por su rescate muchos esclavos, y que Sambo, rey de Foota, habia declarado la guerra á los mandingas, con el solo fin de vengarle.

El factor Denton vendió á Job á un mercader de Maryland llamado Tolley. Este le dedicó al principio al cultivo del taba-

[Faint, illegible text block]





Un jóven blanco tomó á placer mortificarle y hasta arrojarle lodo á la cara.

co; pero observando que era poco á propósito para resistir las fatigas del trabajo, le encargó el cuidado del ganado, ocupacion que le dejaba algun tiempo de mas, durante el cual se retiraba á los bosques, donde se consagraba á sus oraciones. En una ocasion acertó á descubrirle en su retiro un muchacho blanco que tomó á placer el mortificarle y hasta arrojarle lodo al rostro, tratamiento que le pareció tanto mas cruel, quanto que ignorando el idioma, no podia quejarse á nadie: en su virtud, pensando en su desesperacion que no tenia que temer padecimientos mas horribles, resolvió escaparse. Cruzó los bosques á la ventura hasta el condado de Kent, en la bahía de Lawara, donde fué detenido hácia el mes de julio de 1731, y como carecia de pasaporte y no podia esplicarse, le redujeron á prision en virtud de la ley espedita contra los negros fugitivos.

Despues de algunas señas que le hicieron, trazó Job algunas líneas en árabe, y leyéndolas pronunció las palabras *Allah* y *Mahomet* que distinguieron claramente los que le escuchaban. Este testimonio de su religion junto á la repulsa de un vaso de vino que le presentaron, dió á entender que era mahometano, pero no por eso adivinaron mejor quien era y como se hallaba en el canton. Su fisonomía y sus maneras revelaban mas distincion que en la generalidad de los esclavos. Entre los negros que habia en el pais, se encontró por fin un viejo jolof que entendia el idioma del esclavo; y despues de una larga conferencia con él, informó á los ingleses de las razones de su fuga y del nombre de su amo. Se escribió al lugar de que se habia escapado, y Tolley mismo en persona acudió por él trándole despues con mucha dulzura; le condujo de nuevo á su casa, donde le destinó un lugar cómodo para sus ejercicios religiosos, prodigándole ademas quanto podia dulcificar su estado de esclavitud. Job, aprovechando las bondades de su amo, escribió á su padre una carta que se remitió á Michel Denton, para que la entregara al capitán Pike, el cual debia encargarse

de ella en su primer viage á Africa. Por desgracia Pike habia partido entonces para Inglaterra; Denton remitió la carta á Mr. Hunt; pero para colmo de contrariedad, cuando llegó aquella se habia dado ya á la vela para Africa el barco del capitán que debia llevarla. Esto hacia necesario aguardar á otra ocasion.

En este intervalo llegó la carta de Job á manos del célebre Oglethorpe, el cual tomó á su cargo traducirla, despues de la cual se escitó su compasion tan vivamente, que empeñó á Mr. Hunt á que hiciera venir á Job á Inglaterra, para cuyo fin le hizo entrega de una cantidad considerable. Mr. Hunt escribió al punto á América; su favor rescató á Job de la servidumbre de Tolsey, y le hizo ponerse en marcha en el *William* mandado por el capitán Wright.

Bluet, autor de su historia, hizo el viage en el mismo buque.

Durante la travesía, se perfeccionó Job en hablar bastante inglés para hacerse entender; su conducta y maneras le granjearon la estimacion y amistad de todos. Era un negro de aventajada estatura, bien formado y de buena constitucion, á pesar de parecer algo endeble y demacrado por los trabajos que habia pasado y sus abstinencias religiosas, que observaba escrupulosamente. Su fisonomía era muy agradable, y sus cabellos negros, sedosós, largos y bien rizados, se diferenciaban mucho de los de la generalidad de los negros. Sus cualidades naturales eran bellisimas: poseia un raciocinio sólido, memoria fácil y nitidez de ideas. A pesar de sus preocupaciones religiosas discurría con moderacion é imparcialidad; sus observaciones ofrecian todas caractéres de buen sentido, buena fé y amor ardiente hácia la verdad. Concebia rápidamente el mecanismo de los instrumentos, los cuales armaba y desarmaba sin auxilio de nadie, despues de repararlos minuciosamente.

Su memoria era tan extraordinaria, que hizo en Inglaterra por su mano tres copias del Alcoran, que lo habia aprendido

cuando tenia quince años, las cuales escribió sin valerse de modelo alguno. Siempre que se le hablaba de olvido, sonreia como de una debilidad de que no tenia nocion. Su genial era grave á la par que jovial, y constantemente dulce y sensible y vivo.

Su aversion por las pinturas era estremada, costando mucho trabajo obtener que se dejara retratar. Cuando estuvo concluida la cabeza se le preguntó que en qué trage queria parecer, y como escogiese el de su pais, se le hizo reparar que no era posible sin haberlo visto antes. A tal observacion replicó prontamente: «¿Por qué vuestros pintores se empeñan en representar á Dios que no han visto nunca?»

Su religion era el mahometismo, pero rechazaba las nociones de un paraiso sensual y otras tradiciones como esta, admitidas entre los turcos. La base de sus principios era la unidad de Dios, cuyo nombre nunca pronunciaba sin hacer alguna señal particular de respeto. Las ideas que tenia acerca del Ser Supremo y de su estado futuro, parecieron muy razonables á los ingleses; pero su conviccion hácia la unidad divina era tan profunda, que no fué posible hacerle discutir pacificamente respecto de la Trinidad.

A su llegada á Lóndres en el mes de abril de 1733, no encontró ya al generoso Oglethorpe que habia partido para Georgia; pero Mr. Hunt le proporcionó alojamiento en *Limehouse*. Mr. Bluet fué al campo á pasar una temporada, y cuando de regreso fué á visitarle le halló con semblante abatido. Este abatimiento nacia de la inquietud de que exigieran demasiado por su rescate, ó de pasar á poder de nuevos amos que le llevaran á algun pais lejano. Bluet obtuvo permiso de Mr. Hunt para llevarlo consigo á su casa de Cheshunt, en el condado de Hertfort, prometiendo no disponer de él sin consentimiento de su amo.

Job fué muy bien acogido de las gentes del pais, á quienes complacia su conversacion é interesaban sus infortunios. Col-

máronle de regalos y abrieron una suscripcion, con la cual se proveyó á pagar su rescate, convirtiéndole de este modo en hombre libre. La compañía de Africa se hizo cargo de abonar hasta su partida los gastos que ocasionase.

Vivió así algun tiempo en una situacion tranquila ocupándose de visitar á sus amigos y bienhechores. El caballero Haus-Sloana, que era de este número, le empleaba con frecuencia en traducir manuscritos árabes é inscripciones de medallas. Un dia en su casa manifesto Job vivos deseos de conocer la familia real, lo cual prometió proporcionarle tan pronto como se le habilitase de trage conveniente para presentarse en la córte. Los amigos de Job le mandaron hacer un rico vestido de seda á estilo de su pais, y de este modo fué presentado al rey, á la reina y á los príncipes. La reina le regaló un magnífico reloj de oro; aquel mismo dia le convidaron á comer el duque de Montagu y otros señores, despues de lo que reunieron y ofrecieron entre todos una regular cantidad de dinero. El duque de Montagu le llevó muchas veces á su casa de campo para manifestarle los útiles de labor y jardinería, acerca de los que encargó á sus gentes le enseñasen su aplicacion. El mismo personage, cuando Job estuvo próximo é embarcarse, mandó hacer para él gran número de estos útiles, recibiendo tambien crecidos regalos de otros muchos señores. Ultimamente, despues de catorce meses de estancia en Lóndres, se embarcó en julio de 1734 en un navío de la compañía que se daba á la vela para las márgenes de Gambia.

Job llegó al fuerte inglés el 8 de agosto, para donde llevaba recomendaciones particulares de la compañía para el gobernador y factores del pais, que le trataron con obsequio y cortesania. La esperanza de hallar algun compatriota en Joar, que no dista mas que siete jornadas de Bunda, le indujo á partir el 23 en la chalupa *Renombrada*, acompañado de Mr. Moore que iba á tomar la direccion de aquella factoría, y que dió la continuacion de las memorias de Job.

El 26 por la tarde llegaron al ancon de Damaseusa. Job sentado bajo un árbol con algunos ingleses, divisó siete ú ocho negros pertenecientes á la nacion de los que le habian reducido á la esclavitud, y á pesar de su carácter moderado pudo apenas contenerse, siendo su primer impulso matarlos. Job iba siempre armado de un sable y un par de pistolas. Mr. Moore le disuadió de su intento haciéndole cargo de lo imprudente y peligroso de su designio. Hicieron comparecer á aquellos negros para hacerles algunas preguntas, y sobre todo particularmente, para saber qué habia sido de su rey, uno de los asaltadores de Job. Contestaron que habia muerto de un pistoletazo: tenia la costumbre de llevar una de estas armas colgada del cuello, y la casualidad hizo que se disparase una vez y lo dejara muerto. Esta pistola habia sido adquirida entre los demas objetos que el capitán Pike le habia dado en pago de Job. Al saber esta noticia no tuvo límites la alegría de Job, el cual cayó al suelo de rodillas dando gracias á Mahoma por haber aniquilado á su enemigo con los bienes adquiridos en premio de su crimen. Ya veis, dijo á Mr. Moore, que Dios no ha aprobado que me hiciera esclavo; pero sin embargo, le perdono, porque sino me hubiera vendido, no sabría la lengua inglesa ni poseería las mil cosas útiles y preciosas que poseo, ni habria visto la Inglaterra y conocido tan generosos amigos.

La chalupa llegó á Joar el 4.º de setiembre, y al punto despachó Job á Bunda un emisario anunciando su regreso. Este mensaje lo confió á un fuli, á quien conocia ya de antemano, el cual mostró al verle una sorpresa y alegría extraordinarias. Era casi el único africano que se hubiera visto volver de la esclavitud. Job encargaba á su padre que no saliera á su encuentro, puesto que, decia, segun el órden de la naturaleza, los jóvenes deben ir en busca de los ancianos; tambien encargó al fuli que trajera consigo á su regreso el mas pequeño de sus hijos, hácia el cual tenia una afeccion particularísima.

Cinco meses tardó en volver el mensajero, y esto para

traer malas nuevas. El padre de Job había muerto, aunque con el consuelo de saber antes de espirar el pronto regreso de su hijo y la excelente acogida que había tenido en Inglaterra. Una de sus mugeres se había casado durante la ausencia de Job, y su nuevo marido se había fugado al saber el regreso del primero. Las guerras hacia tres ó cuatro años que desolaban su país.

Acompañado del mensaje llegó uno de los antiguos amigos de Job, con el cual pasó hablando tres ó cuatro días sin otro intervalo que el necesario para comer y entregarse al descanso. Job se puso en camino con el gobernador inglés Hull, destinado á un establecimiento mas próximo á Bunda. Job, antes de separarse de los europeos, escribió muchas cartas á sus bienhechores de Lóndres. Por último, partió definitivamente, sin que despues se haya vuelto á saber nada de él, ó á lo menos sin haber tenido el público noticia suya.

VIII.

CAMINO DE KABRA Á TEMBUCTU. DESCRIPCION DE ESTA CIUDAD.

El 10 de abril de 1820 me puse en camino para Tembuctu con los criados de Sidi-Abdallahi-Chebir y sus esclavos (1). Durante el tránsito, siguiónos un tuarick (2) montado en un soberbio caballo, el cual trató de apoderarse de un esclavo negro; los criados de Sidi-Abdallahi le hicieron cesar de sus importunidades asegurándole que si al llegar á la ciudad iba á ver

(1) Hombron; extractado del *Viage á Tembuctu*, por Gailié, tomo II.

(2) Merodeador.

á su amo le regalara alguna cosa. Esta esperanza le tranquilizó algun tanto, pero su atencion se fijó en mí, preguntando muchas veces á los criados que me acompañaban quien era, y adonde iba, y de donde venia. Cuando le hubieron asegurado que no era rico renunció á la esperanza de sacar partido de mí.

Por fin llegamos á Tembuctu en el momento que se ocultaba el sol. Estaba, pues, á la vista de la capital del Sudan que hacia tanto tiempo era objeto de mis deseos. Sentia una alegría extraordinaria, pero recobrado de mi entusiasmo, hallé que el espectáculo que tenia ante mis ojos no correspondia á lo que me habia prometido: la ciudad al primer golpe de vista no ofrece sino un entazamiento de casas de tierra mal construidas. Los alrededores son áridos, el terreno arenisco é ingrato; el cielo que limita el horizonte se ofrece de un color rojizo pálido; todo anuncia tristeza; no se oye el canto de ningun pájaro; pero sin embargo, esta ciudad de negros, su movimiento en medio del desierto ofrece algo de imponente.

Fui á alojarme en casa de Sidi-Abdallahi, el cual me recibió de un modo paternal, porque estaba prevenido indirectamente de los supuestos motivos de mi viage; me llamó para comer con él, pero no me hizo ninguna pregunta segun las malas costumbres de sus compatriotas; me pareció de un carácter dulce y reservado, como de cuarenta á cincuenta años de edad, de regular estatura, grueso y hoyoso de viruelas; hablaba poco y con calma, y de nada mas se le podia reconvenir que de su fanatismo religioso.

Despedíme de Sidi-Abdallahi para retirarme á descansar sobre una esterilla que se habia dispuesto con esta intencion; pero como en Tembuctu las noches son tan cálidas como los dias, no pude permanecer en el cuarto que se me habia preparado y me instalé en el patio, donde tambien me fué imposible reposar.

Al dia siguiente me dirigí á saludar á Sidi-Abdallahi y

despues á recorrer la ciudad, la cual no encontré tan grande ni tan poblada como habia creido: el comercio no corresponde á su pública nombradía; no habia como en Jené la gran concurrencia de extranjeros procedentes de todas partes del Sudan; admirábame la poca actividad que reinaba; sus calles ofrecian poco movimiento; algunos de sus vecinos sentados en el suelo sobre esterillas hablaban á la puerta de sus casas; en fin, todo inspiraba la mas profunda tristeza.

Hácia las cuatro de la tarde, cuando declinaba el calor, ví dirigirse al paseo muchos negociantes negros, bien vestidos y montados en magníficos caballos ricamente enjaezados, pero observé que se apartaban poco de la ciudad por temor de tropezar con los tuaricks.

El calor era escesivo; el mercado al cual acuden los moros de la tribu de Jauat, próxima á Tembuctu, parece casi desierto comparado con el de Jené.

En Tembuctu no se hallan otras mercancías que las que vienen por mar; entre ellas, procedentes de Europa algunas, tales como bujerías de vidrio, ámbar, coral, azufre, papel, etc. Mi hospitalario amigo tuvo la complacencia de mostrarme uno de los almacenes en que guardaban las mercancías europeas; en él habia muchos fusiles franceses, armas que tienen en mucha estima, y magníficos colmillos de elefante.

Tres dias despues de mi llegada á Tembuctu, Sidi-Moark, al cual habia hecho un regalo para tenerle propicio, me dijo que era menester estar pronto para seguir una caravana que partiria para Tafilet de allí á dos dias. Por la noche referí este ofrecimiento á mi huésped, añadiendo que estaba muy fatigado del camino que habia hecho á través del Sudan, y que deseaba descansar quince dias en Tembuctu. «Puedes permanecer aqui, me dijo, tanto tiempo como desees, en ello tendré gusto y nada te faltará.»

En aquellos dias pasé ratos sentado á la puerta de su casa, en los cuales mi imaginacion me sugeria reflexiones muy tris-

tes acerca de los peligros á que se espone el viagero en aquellas regiones; en estos momentos no me hallaba exento de temor pensando en que podrian descubrirme y sufrir la dura ley de la esclavitud.

La ciudad de Tembuctu está habitada por negros de la nacion Kissans; algunos moros hay establecidos en ella, á los cuales comparaba yo con los europeos que van á colonizar en busca de fortuna, y tienen mucha influencia sobre los indigenas; sin embargo, el rey ó gobernador es negro.

Este principe se llama Osman; es muy respetado de sus súbditos y muy sencillo en sus costumbres; su trage es semejante al de los moros de Marruecos, es comerciante, y sus hijos hacen el comercio de Jené; es muy rico, tiene una infinidad de esclavos, y es mahometano muy celoso. Su dignidad es hereditaria; no percibe ningun tributo del pueblo, ni de los mercaderes extranjeros; sin embargo, recibe muchos regalos. Es justo y bueno, y guarda las costumbres apacibles y sencillas de los antiguos patriarcas.

Los moros reconocian entre ellos un superior, pero no son justiciables sino por las autoridades del pais.

A peticion mia me presentó Sidi al rey, que estaba sentado sobre una rica esterilla y reclinado en un rico almohadon. Sidi le anunció que venia á ofrecerle mis homenages y le refirió mis aventuras; el rey me dirigió la palabra en árabe haciéndome algunas preguntas acerca de los cristianos; me pareció afable de carácter y como de cincuenta y cinco años de edad; vestía como los moros y llevaba en la cabeza un gorro encarnado rodeado de muselina en forma de turbante.

Hay establecidos en Tembuctu muchos moros que poseen muy bellas casas, á quien el comercio enriquece rápidamente. Tembuctu es el depósito de toda la sal procedente de las minas de Tendeyni, sal que trasladan en camellos y en grandes caravanas.

Los esclavos en general son menos desgraciados en Tem-

buctu que en otras comarcas; los tratan con dulzura, pero no por eso dejan de estar considerados como mercancía.

Estando en la mezquita se aproximó á mí gravemente un moro, y sin hablarme me puso en el bolsillo un puñado de coris, moneda del país. Tan rápidamente se alejó, que no tuve tiempo de darle gracias; sin embargo, me sorprendió el modo delicado de dar limosna.

La ciudad de Tembuctu tiene como tres millas de circunferencia y forma una especie de triángulo. Las casas son grandes, pero de poca elevación, y en general están construidas de adobes de forma circular desecados al sol.

Tembuctu contiene siete mezquitas; dos de ellas con su correspondiente torre de ladrillos, á las que se sube por una escalera interior.

Esta ciudad misteriosa, acerca de cuya población como de su civilización y comercio se tienen ideas tan exageradas, contendrá unos diez ó doce mil habitantes incluso los moros establecidos, y todos dedicados al comercio.

Aunque una de las capitales más considerables de Africa no tiene otro recurso propio que su comercio de sal; de Jené extrae cuanto necesita para su consumo; el carbon es artículo muy escaso en las cercanías, tienen que traerlo de muy lejos, lo que hace que solo puedan emplearlo los que cuentan con una fortuna regular.

En un extremo de la ciudad tienen practicadas anchas escavaciones de treinta y cinco á cuarenta pies de profundidad, que contienen gran cantidad de agua procedente de las lloviznas; es bastante clara, pero tiene gusto desagradable y una temperatura elevada. Alrededor de estas albercas hay algunas pequeñas plantaciones de tabaco, que por cierto no le producen del mejor. Las personas ricas no compran sino tabaco de Marruecos. Los habitantes de Tembuctu no fuman, pero los moros nómadas que habitan las cercanías usan pipa.

Los comerciantes de Tembuctu compran á los habitantes de